

## EL DÍA DE LAS ALABANZAS

El día de mi sueño eterno, estampado llegué al cielo, y desde allí observé  
lo que de mí se decía: tanto de los que me odiaban, como de los que me querían.  
Campanas tocan a duelo ¿Quién ha muerto? Venancio el de la María.  
Desde el cielo pude ver a mi hijo acongojado, vestido de negro luto repitiendo sin cesar:  
no te vayas padre bueno, que no lo podré aguantar.  
Es muy flojo de memoria, mi querido hijo Fabián,  
pues se le olvidó muy pronto, que hace diez años ya, me encerró  
en aquel asilo que ahora llaman residencia, para no aguantarme más.  
Yo que confiaba en el primero, le dí mi herencia y yo me quedé sin na.  
Desde el cielo, pude ver a los arpías de mis nietos portando grandes coronas,  
me reservo el comentar, porque son pobres de espíritu,  
creen que soy protagonista y me han hecho un gran funeral,  
sin darse cuenta los pobres, que aquí en la tierra yo, na de na.  
Llegó el alcalde, el cura y toda la corporación,  
nunca me pudieron ver por ser de la oposición.  
¡Que bueno era Venancio! Muy compungidos decían, y yo estaba muy seguro  
que para todos ellos, mi viaje sin vuelta fue motivo de alegría.  
Todos lo vecinos abarrotaban mi casa, jamás pasaron por ella,  
cuando era un anciano muy solo por si algo necesitaba.  
El funeral fue un gran éxito, muchas lágrimas fingidas,  
pero se quedaron cortos por las que yo derramé, en la vejez de mi vida.  
Y así lo dice el refrán, y el refrán tiene razón, se puede decir con voz muy alta:  
el día de tu muerte es el día de las alabanzas.